

los niños y las mujeres, todo pereció al filo de la espada: hasta los animales entraron en el general degüello, y lo que no pudo alcanzar la espada, lo devoró el fuego. La desdichada ciudad tuvo que sufrir todas las consecuencias de un absoluto anatema. El oro, la plata, el hierro y el acero se reservaron únicamente para servir despues á las pompas del culto religioso. Y tal era la severidad de las órdenes dadas por el gefe, que se apedreó á un guerrero por haber retirado del incendio y ocultado en su tienda objetos preciosos de metal y un manto de escarlata. Pronunció luego despues Josué imprecaciones sobre las ruinas de Jericó. De esta manera los antiguos pueblos condenaban á eterna muerte las ciudades que les habian resistido con alguna gloria, ó que no hubieran podido renacer de sus escombros sin causarles alguna inquietud. «Maldito sea del Señor, exclamó el caudillo hebreo, maldito sea el que levantara ó reedificare la ciudad de Jericó, muera su primogénito cuando eche los cimientos de ella, y perezca el postrero de sus hijos, así que asiente las puertas!» No fué vana por cierto esta imprecacion. Mucho tiempo despues, bajo el reinado de Ahab, un israelita de Bethel probó reedificar la ciudad maldita: al empezar los trabajos murió su hijo mayor, y al terminarse le fué arrebatado por la muerte su postrer hijo. Con todo, los habitantes volvieron allá llenos de confianza, tan bella era la perspectiva de los campos que la rodeaban y tan fértil su terreno, por el cual las aguas corrientes derramaban el grato verdor y la frescura regalada. Allí crecen en número considerable, palmeras que rinden un cuantioso producto, y el árbol que da el tan celebrado bálsamo de Judea, y aquellas rosas tan ponderadas que prestan á toda la llanura un aire de fiesta perpétua y de juventud inmortal.

En medio de la carnicería y del incendio, no quedó olvidado el juramento que garantizaba la vida de Rahab, la cual por sí misma habia enarbolado la convenida contraseña. Envióle Josué los dos guerreros que ella conocia para protegerla y hacerla salir de ciudad con todos sus parientes. Esta familia quedó despues in-

corporada á la nacion, porque la ley de Moisés no era tan exclusiva como se cree comunmente: semejante á las legislaciones modernas, que no revisten á los extranjeros del título y de los derechos de ciudadano sino bajo condiciones cumplidas con todo rigor, la ley mosaica no pretendia imponerse á todos los pueblos del universo, sino mantenerse inviolable, y no conferir privilegio sino á sus secuases, judíos ya por nacimiento, ya por adopcion. Estos últimos, llamados tambien prosélitos, se hallan repartidos y clasificados en las diversas tribus por el mero hecho de sus alianzas matrimoniales. Así Rahab casó con Salomon, de la tribu de Judá, y hasta su nombre se halla en la genealogía de Jesucristo. Doblemente feliz, pudo escapar de los desastres de la conquista en que perecieron sus compatriotas, y sobre todo, del error y del vicio, principios funestos de la muerte del alma; y despues, á pesar de su calidad de extranjera, y de las faltas de su vida primera, fué providencialmente colocada entre los progenitores del Redentor, á fin sin duda de manifestar, que no hay extranjero delante del Padre comun del linage humano, el cual vino á extender sobre todos los estravíos de sus criaturas el manto de la misericordia y del perdon.

La circunstancia histórica de haberse incorporado despues Rahab y su familia al pueblo de Israel, y el enlace de esta hija de Canaan con un hebreo, inspiró á Madama Cottin la idea de darle por esposo á uno de los exploradores empleados por Josué, con el nombre de Isachar, sacando de este hecho varios episodios que, sin faltar esencialmente al espíritu del texto bíblico, amenizan la narracion. Tal es, entre otros, el suponer á Rahab arrancada á viva fuerza de su casa, para ser inmolada al ídolo Baal, y librada de las manos de los sacrificadores por el valor de Isachar en la entrada de los israelitas en la ciudad, siendo la mano de Rahab el premio del esfuerzo y la fidelidad del jóven guerrero. Ved ahí algunos rasgos de este episodio interesante.

«El fogoso Isachar se lanzó uno de los primeros en medio de los escombros y piedras que aun iban rodando, atravesó las calles de

Jericó clamando en alta voz: ¡Rahab! ¡Rahab! Vuela á la casa de su amada, allí estaban los suyos, pero ella no estaba. Su venerable padre, cubierto de un saco, con ceniza en la cabeza y derramando gruesas lágrimas, le dice: «Los malvados me han robado mi hija para inmolarla á su Dios. Dos dias hace con sus noches, que invoco al vuestro para que la salve si llegare á oír mis ruegos, me someteré para siempre a su ley.» Estas palabras agitaron el corazón de Isachar como un recio viento azota los árboles de los bosques: fuera de sí, vuela al templo de Baal. Halla las puertas derribadas, echados por tierra los ornamentos: ruedan hasta sus pies las columnas de jaspe, los vasos de oro y de plata engastados en topacios, crisólitos, zafiros y y otras piedras preciosas, y llenos de los mas delicados aromas: pasa por sobre vestidos de lino finísimo de Egipto, bordados con todo el primor, y tapices de púrpura de Tiro. Aparta con sus pies tantos tesoros, los desdeña, ó mas bien no los vé: solo su amada llena todo su pensamiento. Llama á Rahab, y Rahab no responde. Oprimido de dolor, hiere su pecho, se arroja sobre la tierra, derramando lágrimas que le arrancan á un tiempo la rabia y el amor. De repente Isachar cree percibir unos gemidos sofocados, corre á la parte donde salen, y llega hasta el fondo del templo, en donde el ídolo Baal, oculto á todos, estaba escondido en un santuario cerrado. El israelita reconoce la voz de Rahab, que sale de este recinto: el desespero le dá fuerzas, rompe las puertas de un solo golpe; arroja todos los obstáculos, y repara á su tierna amada á los pies del ídolo, desgreñado el cabello, descubierto su seno, á las plantas de seis ministros de Baal, que levantaban su cuchilla para inmolarla. Lanza Isachar un grito terrible que resuena por todo el templo, y deja turbados y despavoridos á los sacrificadores. Se detienen primero suspensos; pero corridos de dejarse sorprender por un hombre solo, quieren consumir su sacrificio, mas lo intentan en vano: el hierro se ablanda en el seno de Rahab, y los brazos de los bárbaros se entorpecen como encadenados por un poder sobrenatural. Este prodigio acaba de abatirlos, pierden el valor y caen sin fuer-

zas. Levanta Isachar su espada para inmolarlos, pero le detiene la dulcísima Rahab diciéndole: ¡Amado mio! si el Eterno ha ordenado que estos hombres sufran la muerte, deja para tus hermanos este deber fatal; no manches tú tus generosas manos con la sangre de un enemigo vencido, sé elemento despues de la victoria como eres terrible en el combate. Ven conmigo, Isachar, alejémonos de esta mortandad: jamás se diga que el esposo de Rahab es insensible á los clamores de los desgraciados.» Aunque Isachar sabe la orden dada por Dios á los israelitas de exterminar á todos los infieles, y que el perdonarles la vida sería desobedecerle; sin embargo, cede á las instancias de su amada, y arroja el acero lejos de sí. «Cuántas gracias tienen tus palabras, le dice, hija de Canaan, tus lábios destilan miel. Vamos, amor mio, fuera de Jericó, subamos á la colina; sentémonos sobre la viña que empieza á despuntar su flor, allá daremos gracias al Dios de Jacob.» Dice, y en tanto que los hebreos persiguen y destruyen á los infelices moradores de Jericó, Rahab, apoyada en su amante, se aleja de esta escena de sangre y de desolación. Vé á lo lejos los horribles torrentes de humo y llamas que se levantan de la incendiada Jericó, y llora por sus hermanos. «¡Ay! exclama, yo tambien fuí culpable como ellos, ¿por qué no se han arrepentido como yo? ¡Oh gran Dios! ¿Por qué sobre mí sola has derramado tu gracia? ¡Qué! ¿Acaso no formaste su corazón dispuesto á escuchar tu voz? Gozarian aún de la vida, y engrandecerian tu santo nombre.—¿A qué te atreves, hija de Canaan, exclama Isachar: tú murmuras contra el Señor?—No, responde, me someto á sus terribles decretos, pero penetran mi corazón los gritos de estos desventurados: si hubiese querido rescatarlos de la culpa, le hubieran ellos adorado.—Cuidado, Rahab, no nos toca juzgar las operaciones del Eterno: toda vez que ha condenado á la muerte á todos los hijos de Canaan, salvarles seria un delito.—¡Ah! bien ves que no les he salvado, replica llorando la jóven Cananea, pero Dios no prohíbe compadecerlos. No te admire que su suerte me conmueva mas que á tí: el pecador debe compadecer las faltas de que fué com-

plice, con mayor razon que el justo jamás coinquinado con ellas.— Sígueme, pues, bien mio, dijo Isachar, y á la mirada de éste secábase el llanto que bañaba las mejillas de Rahab, como chupan los rayos del sol al rocío trémulo sobre la flor que nace. Cuánto mas bello me parece el dia á tu lado, ¡oh Rahab! A tu voz se agita dulcemente mi corazon, porque tu mirar es suave como la paloma y perfumado como el bálsamo de Segor. ¡Ah! si viniera el grande Faraon y pusiese á mis piés todos sus tesoros en cambio de tu amor, llévate tus tesoros, le diria, poderoso monarca, no valen todos juntos el corazon de Rahab.—Amado mio, responde deteniéndole con dulzura, ¡mira cuan terribles son las venganzas del Señor! Temblemos de provocarlas nosotros. Déjame purificar toda en su santo tabernáculo de las inmundicias de la idolatría. Mañana seré tu esposa: ahora no soy mas que tu hermana. Este dia, querido mio, no debe ser un dia de júbilo: ¡ah! pueda ser dia de misericordia; puedan todos nuestros ruegos reunidos obtener del Todopoderoso la gracia para un solo pecador. En la hora de la muerte, ¿no será mas consolador este recuerdo á nuestras almas oprimidas que el de los mas gratos placeres?" Conmovidó Isachar por las palabras de Rahab, triunfa sobre sus mismos deseos, y se postra con ella ante el Eterno. Pasan la noche juntos en súplicas é invocaciones, y Dios, satisfecho de ver estos jóvenes en la aurora de su vida, y unidos por el amor, consagrar instantes tan preciosos á la caridad y á la religion, escuchó propicio sus votos. Por ello dijo el Señor: Salvaré una parte de Canaan. Caphira y Beroth hallarán gracia en mi presencia, y los Gabaonitas serán llamados felices y sábios por todas las naciones de la tierra. Dijo Dios, y su espíritu descendió sobre Gabaon, y Gabaon quedó salvo.

“El dia siguiente Josué mandó preparar la fiesta del himeneo sobre los escombros humeantes de Jericó. Isachar, teniendo de la mano á su amada Rahab, vestida con un manto de lana blanca y coronada de rosas, la mostró á todo Israel, y el pueblo la llenó de aplausos y de bendiciones. Bajó ella sus modestos ojos, su corazon es la misma humildad y su postura la misma inocencia. En-

tretanto millares de operarios se apresuran en levantar columnas de cedro, de las que se cuelgan ropajes de color de grana, bordados de azuladas turquesas; se queman perfumes esquisitos en vasos ricamente esculpidos, y en medio de una nube de incienso que se levanta sobre el altar construido en pocos momentos por la piedad del pueblo, Josué coloca el Arca de la alianza y bendice la union de Isachar y de Rahab. El aceite, la miel y la leche llenan en abundancia anchas copas de marfil y de oro. Bebe el pueblo, y en transportes de júbilo alaba al Señor. Dos coros cantan alternativamente. El uno de guerreros de Israel, armados de centellantes picas y de sus formidables espadas. El otro es de vírgenes, vestidas de finísimo lino y coronadas con flores del campo. “¡Oh Eterno! cuán terrible es tu poder, cantaban los primeros: das la victoria á tu pueblo, y á tu solo nombre desaparecen los infieles como la lijera sombra se disipa al acercarse el dia. ¡Cuán grande es tu misericordia, respondia el coro de vírgenes: tú sacaste del pecado á la hija de Canaan y la has elevado sobre todas nosotras, para enseñar á los impíos que un arrepentimiento sincero halla siempre gracia delante de tí. ¡Oh Dios fuerte! prosiguen á su turno los guerreros, testigos nosotros de tu omnipotencia, tendremos siempre presente el temor de tu santo nombre. Testigos de tu bondad, responde el coro de las vírgenes, tu amor vivirá eterno en nuestro corazones.” Estos cantos religiosos, acompañados por la melodía del órgano, el estruendo del címbalo y los suspiros divinos del arpa, resuenan en el vallado de Hareor y son repetidos por los ecos del monte Efrem. Se prolongan hasta caer el dia; pero cuando la noche viene á tender su velo de ébano sobre la creacion, Israel guarda silencio: las vírgenes se retiran á las tiendas de sus madres, el sueño descende á los lechos de los hijos de Jacob para hacerles descansar de sus crudas fatigas, y Rahab, la venturosa Rahab, sobre un lecho regalado de musgos, de violetas y de lirios, sin otro adorno que su belleza, sin otro velo que su pudor, sin otro pabellon que el cielo, prueba que los verdaderos placeres son los que embellecen la inocencia ó el arrepentimiento, los que permite el deber, y que-

dan consagrados para siempre por juramentos pronunciados al pie de los altares del Señor."

La toma de Jericó habia rodeado de terror el nombre de Josué, pero no obstante, las ciudades circunvecinas se prepararon para la resistencia. Siete naciones ó pueblos se hallaban esparcidos en lo que se llamaba el país de Canaan. Pero todos ellos debian desaparecer, como Madian y Amalec ya vencidos y destruidos: porque Moisés habia dicho á los israelitas: "Cuando, despues de haber pasado el Jordan, habréis entrado en la tierra prometida, exterminad á todos los habitantes de aquella region..... no contrateis con ellos alianza ni matrimonio..... Si no les dais la muerte á todos, se os presentarán como unas puntas aceradas, brillarán á vuestro lado como lanzas agudas, os atacarán sin fin en vuestra misma morada." El motivo de tan inexorables preceptos era la grosera idolatría que tenia embrutecidas aquellas naciones. "Destruid sus altares, habia añadido el legislador, derribad sus estátuas, echad por tierra sus bosques sagrados, á fin de purificar la tierra en que habitáreis..... Guardaos de imitarles, de informaros de sus ritos sacrílegos, diciendo, voy á seguir el culto que rindieron á sus dioses..... Pues aniquiladas serán estas naciones á causa de sus impiedades." Así, pues, Moisés tenia un doble objeto, y Josué una doble mision; conquistar la tierra prometida, y hacer que desapareciesen de ella casi enteramente todos sus antiguos habitantes.

Muchos escritores no han querido ver otra cosa en este episodio memorable de la historia judía, sino el cumplimiento de un acto injusto y bárbaro. Pero esto merece una explicacion. Si se coloca la cuestion bajo un punto de vista puramente humano, desde luego Moisés y Josué deben ser juzgados conforme al derecho público de su época, y puestos en paralelo con los demas capitanes y legisladores de la antigüedad. Pues ó bien no debe perdonarse ni tolerarse conquista alguna, ó bien el principio que permite absolver una, es igualmente aplicable á todas. En uno y otro caso exige la imparcialidad que los hebreos no sufran solos el peso de una incul-

pacion que no se hace jamás recaer sobre las otras naciones. ¿Hay por ventura un pueblo, ora de los tiempos pasados, ora del siglo presente, que pueda decir con verdad: "Yo no debo á mi espada, ni mi principio, ni mis progresos?" Pero no; entre Moisés y todos los demas invasores de territorio, existe una notable diferencia, y esta redundante en honor de Moisés. Previniendo este caudillo la fusion de las razas, salvó la nacionalidad y la religion de sus hermanos, bien sea porque los extranjeros y los indígenas no pueden quedar juntos en un mismo suelo, sin que la viva enemistad de los unos no prepare pesadumbres y reveses á la dominacion de los otros: bien sea, sobre todo, porque las ideas y las costumbres de los vencidos acaban por entrar en las creencias y en las habitudes de los vencedores, y algunas veces por destruir la obra de la espada. El decreto de exterminio, pronunciado por el legislador hebreo, no deja de ser duro; pero revela una poderosa prevision del porvenir y una sabiduría profunda, en tanto que los demas legisladores se han mostrado mucho ménos hábiles, sin dejar por esto de ser tan rígidos y severos en sus medidas políticas.

Escoja, pues, el historiador filósofo, y tome su partido. Si Moisés y Josué se apoderaron del poder por medio de una audacia favorecida por las circunstancias, practicaron igualmente la justicia, y superaron en génio á sus contemporáneos. Si nos colocamos al contrario, en un punto de vista religioso, y si, conforme á la verdad, miramos á Moisés y á Josué, como investidos de un ministerio emanado del cielo, desde entónces deben ser juzgados con el título execepcional de su mision, y sus actos quedan revestidos de toda la majestad de un derecho divino. ¿No es bien raro que se niegue á Dios el derecho de repartir la tierra entre los pueblos ó de quitarles la vida, cuando los hombres alimentan la pretension de matarse lícitamente sobre un cadalso ó en un campo de batalla, y de poseer legítimamente el suelo sobre el cual han puesto el pié? Mas si Dios posee este derecho, y de ello no hay qué dudar, á Él toca el ejercerlo en su tiempo y segun su medida. Y únicamente porque una sabiduría infinita preside al gobierno del mundo, este tiempo y

esta medida guardan siempre relacion con el grado preciso en que se hallan las fuerzas intelectuales y morales de la humanidad. Así el derecho de Dios se ejerció bajo formas mas severas en el origen de las sociedades; desde luego el desarrollo natural de la razon y la influencia progresiva del Evangelio, hicieron entrar las costumbres públicas en una larga senda de blandura, y en el día bien sea que Dios oculte su mano bajo las leyes generales del universo, ó que la extienda descargando golpes terribles y estrepitosos, sus decretos se manifiestan mitigados en la ejecucion, y su cólera se reviste de mansedumbre. Ved ahí cómo la inteligencia se ha ido gradualmente asegurando en los negocios humanos un predominio que perteneció por largo tiempo á la fuerza, y cómo las órdenes transmitidas de lo alto á Moisés y á Josué, llevan un carácter de rigor que nos admira, pero que nada tiene de injusto. La verdadera injusticia estaria en juzgar á estos dos grandes hombres, sin tener en cuenta las pruebas que tan solemnemente dieron de su mision extraordinaria, y aplicar á su conducta el valor de una idea que no reinaba en su tiempo.

Y además, parece que el decreto de exterminio no fué ejecutado en toda su extension. Pretenden los doctores judíos que Josué llevaba escrito en sus banderas este lema: «Huya el que quiera, ríndase el que quiera, luche el que quiera.» A lo ménos es muy cierto que los indígenas se dividieron entre estos tres partidos. Los unos tomaron la huida, sin que pueda saberse ahora á qué region les arrastró su miedo. Otros, como los habitantes de Gabaon, hicieron alianza con el conquistador bajo las condiciones que tuvo éste á bien imponerles. Pero la mayor parte probaron la suerte de las armas. Dios tenia ya anunciada una lenta desaparicion de los cananeos, diciendo á su pueblo por boca de Moisés: «Yo te daré el terror por mensajero: exterminaré las razas que hallarás en tu tránsito, y pondré á todos tus enemigos en fuga delante de tí..... No los echaré del país en un solo año, para que la tierra no se convierta en una soledad abandonada á los animales dañinos; sino que los iré arrojando gradualmente, hasta que hayas

crecido lo bastante para ocupar toda la region entera.» Y en realidad con estas reservas fué ejecutada la sentencia de muerte proferida contra los cananeos. Por de pronto desaparecieron como cuerpo de nacion, y la historia no conserva ya mas su vestigio; pero muchas familias quedaron entre los israelitas, perpetuándose por espacio de muchos siglos con diversidad de fortuna: unas guardaron su independencia, otras quedaron sujetas á un tributo permanente: algunas, como la familia de Rahab, sometándose á los hábitos del vencedor, pasaron á las filas de los hebreos por medio de enlaces, y no tardaron en perder todas las señales de su nacionalidad primitiva.

Josué se apresuró en aprovecharse del increíble terror que inspiraba á largo trecho la ruina de Jericó; y mucho le favoreció en sus designios el aislamiento en que se constituyeron despues sus enemigos para resistirle. No solamente los siete pueblos ó naciones que ocupaban el país dejaron de oponerse á los invasores con fuerzas coligadas y con un impulso simultáneo, pero ni siquiera cada una por sí supo luchar unida, á lo ménos desde el principio de la conquista, pues cuantas plazas importantes habia, formaban otros tantos grupos políticos, cuyo gefe tomaba el título de rey, y se mantenía en una total independencia con respeto á sus vecinos. Con todo, organizóse una liga, pero era demasiado tarde para salvar los intereses amenazados. Marchó Josué contra la ciudad de Hai, á algunas leguas de Galgala, en donde habia establecido su cuartel general. Despues de un ligero descalabro, se hizo dueño de ella, y le hizo sufrir la misma suerte de Jericó; fué entregada á las llamas y su poblacion pasada á cuchillo, reservando únicamente las riquezas y los ganados. Despues por medio de una ceremonia religiosa puso á los vencedores bajo la proteccion de Dios confirmandoles en el respeto de la ley. Erijóse un altar sobre el monte Hebal, segun el rito ordenado; sobre el cual se inmolaron víctimas. Los sacerdotes, los jueces, los gefes del ejército, los ancianos del pueblo, toda la multitud estaban colocados alrededor del Arca de la alianza. Josué bendijo aquella turba innumerable,

y refirió las palabras de gloria y de desdicha pronunciadas por Moisés sobre los ejecutores fieles y los violadores del pacto solemnemente concluido con Dios, recordando al mismo tiempo las condiciones á las cuales estaba vinculada la prosperidad nacional.

Los terribles golpes que acababan de destruir á Hai y á Jericó, llenaron de espanto á los habitantes de Gabaon, metrópoli de algunas aldeas, y entónces la mas cercana de las poblaciones amenazadas por la tormenta de la invasion. Apelaron estos al artificio, pues algunos de ellos vinieron al campamento de los israelitas con calzados y vestidos viejos y cubiertos de polvo, llevando entre sus provisiones panes durísimos y secos. Presentáronse como mensajeros ó embajadores de un país lejano, y merced á este ardid, pudieron hacer alianza con los hebreos, poco dispuestos al parecer á usar de clemencia con los naturales del país. Así, cuando fué descubierta la artimaña, el ejército queria tratar con toda severidad y sobre todo saquear el reducido reino de Gabaon; pero los gefes hicieron respetar su palabra dada, aunque arrancada por sorpresa. Los gabaonitas pudieron salvar su ciudad, pero bajo condicion de suministrar en adelante hombres para los trabajos mas humildes y para el ínfimo servicio del templo. Por lo demas, esta fraccion de pueblo, perdida en medio de los conquistadores, no era mas que una excepcion insignificante del sistema general de ocupacion, y no podia comprometer sériamente, ni el plan adoptado para la conquista, ni los resultados que se esperaban en el porvenir.

Mas no por esto Gabaon se hallaba libre de todos los peligros. Entrando en pacto con el extranjero, acababa de dar un funesto ejemplo, y de abrir el camino de Jerusalem, cuyo príncipe se propuso remediar este doble mal, castigando desde luego á los que le habian ocasionado. No se atrevia á atacar á los hebreos, porque las fuerzas de la liga nacional no se hallaban reunidas todavía; pero sostenido por algunos príncipes comarcanos, puso el sitio delante Gabaon. Recibió Josué una diputacion de sus nuevos aliados que le pedian pronto socorro. Partió en efecto á la cabeza de sus mejores tropas; y despues de una marcha forzada, cayó de improviso

y con vigor sobre los sitiadores. Desconcertados éstos por tan súbito ataque, no pensaron sino en huir, y diezmados por la espada, el cielo mismo se declaró contra ellos, y una gran parte murieron aplastados por una lluvia de piedras. Entónces fué cuando en el entusiasmo de la victoria, y trasportado por aquel poder de sentimiento religioso que eleva al hombre á una altura inusitada, y le hace entrar en la familiaridad de Dios, Josué solicitó el tiempo para acabar en aquel dia la derrota de sus enemigos, y dió órdenes á la naturaleza. «Sol, deténte sobre Gabaon, exclamó, y tú luna, no adelantes sobre el valle de Aialon.» Oyó la naturaleza esta palabra pronunciada por una fé enérgica, dignándose Jehová obedecer la voz de un hombre, y combatir por Israel. Porque el mundo de los espíritus es el eje á cuyo rededor gira el mundo de los cuerpos. Si esta ley no se aplica en el dia de un modo mas patente y mas completo, es sin duda en razon de medidas tomadas contra los desvíos posibles de la libertad humana; mas cuando esta libertad será purificada y afirmada por la prueba y pertenecerá definitivamente á un orden de cosas mas perfecto, los espíritus ejercerán plenamente sobre los cuerpos su natural imperio. Este dominio supremo del pensamiento y esta subordinacion de la materia, es lo que hace Dios resplandecer á los ojos de todos, cuando movido por una palabra de fé ó por un inspirado ruego, suspende de repente el juego regular de las fuerzas que mueven el mundo visible.

La victoria alcanzada por Josué bajo los muros de Gabaon arrastró consigo otros muchos resultados. Toda la parte meridional de Canaan fué atacada y quedó sometida en aquella primera campaña. A la verdad el caudillo hebreo no seguia un plan propio para dar estabilidad á sus conquistas: en vez de ocupar desde luego y en posesionarse de las ciudades vencidas, las abandonaba, despues de haber exterminado ó puesto en fuga á sus habitantes, ya porque temiese disminuir sus fuerzas y exponer á los ataques del enemigo guarniciones diseminadas, ya porque no pudiendo satisfacer á un mismo tiempo todas sus tropas, difíciles por otra

parte de conducir, temiese el despertar émulos y murmuraciones, si concedía por de pronto á los unos el reposo y el solaz que faltaba á los otros. Era, pues, indispensable pasear ante todos las armas triunfadoras por toda la comarca en donde pensaba establecerse; dispersar las poblaciones indígenas esparciendo sobre ellos el terror, y despues de esta toma de posesion en globo, proceder al repartimiento general del país, y sentarse en él definitivamente, salvo el sostener aún algunas refriegas, y comenzar tal vez de nuevo la conquista en algunos puntos. Aun cuando el resultado de estas medidas hubiese sido simplemente el poner á las dos razas en pié de equilibrio, esto era lo suficiente para asegurar el porvenir á los israelitas, cuya nacionalidad poderosamente constituida debia poco á poco destruir ó absorver los elementos puestos en contacto con ella. Y esto es lo que en realidad se vió algo mas tarde para gloria del legislador de los hebreos, pues es propio solo del génio el concluir y asegurar por medio de las instituciones, la obra por sí misma efímera de la espada. La espada por sí sola no es ni razon ni derecho; pero la razon funda el derecho, y el derecho llama á sí la fuerza, y la disciplina y la fija bajo de su imperio.

Solo un año habia empleado Josué en recorrer como vencedor el Sud de la Palestina; pero hubo menester no ménos que cinco años para sojuzgar el Norte. La liga de los príncipes amenazados reunió numerosas tropas cerca de las aguas de Merom, entre el lago de Tiberiádes y el nacimiento del Jordan; liga que contaba mucho sobre su caballería y sus carros de guerra. Los hebreos no tenian caballos, é ignoraban el arte de la defensa contra aquellos carros armados de hierro cortante, á los que se se arrojaban en medio de los batallones para despedazarlos ó romperlos. Josué suplió por la actividad las fuerzas que le faltaban; y despues de haberse religiosamente asegurado del socorro de Dios, cayó sobre los confederados con tal violencia y tan de improviso, que no tuvieron tiempo de reunirse para presentar una séria resistencia. Pereció gran número de ellos, los demas,

huyendo el furor de los vencedores, se dispersaron, refugiándose en las plazas fuertes que conservaban todavía.

Concluidos los trabajos de la conquista, ocupóse Josué en el repartimiento definitivo de las tierras. Algunas tribus tenian ya su lote sobre la ribera oriental del Jordan. Hombres hábiles y experimentados recibieron la órden de recorrer el país, levantar su plano, y dividirlo en porciones de tal modo, que la menor extencion fuese suplida por la mayor fertilidad; y la suerte decidió en seguida de la posicion respectiva de los doce hijos de Israel. Simeon y Judá ocuparon el Sud, teniendo á sus fronteras la Idumea y la Arabia Petrea. Al norte Asser y Neflatí tuvieron por confines la Fenicia y la Siria. Los demas hijos del Patriarca encontraron su lugar entre estos puntos extremos y entre el Jordan y el Mediterráneo. José figuró en la particion como gefe de sus dos hijos Efraim y Manasés. No cupo á Leví un lote separado, como á los demas, pero se le reservaron algunos pueblos en diversos pueblos de la Palestina. Cada tribu debia repetir en sí misma lo que se habia hecho para todo el pueblo, dividir sus tierras en tantos cantones principales como familias contaba en su seno, y subdividirlas despues en porciones aplicables á los ciudadanos. Por medio de esta operacion primitiva y por los reglamentos que conservaron su resultado, este reducido pueblo hebreo resolvió al nacer y cuarenta siglos atras un problema que hace vacilar y fatiga y amedrenta el génio de las naciones modernas: favorecer la agricultura y suprimir el proletariado dividiendo la propiedad.

Gastado ya por las fatigas mas aún que por los años, si bien era de otra parte de una edad muy avanzada, Josué murió, recomendando á sus hermanos la exacta observancia de la ley.

Sus últimas miradas pudieron, no sin satisfaccion y gozo, fijarse sobre el destino providencial que acababa de llenar: los cananeos estaban vencidos para siempre: los israelitas se habian formado ya una patria; la religion veia observadas sus ceremonias; el gobierno civil y político, trazado anticipadamente por Moisés, esta-

ha en su vigor y la nacion quedaba fundada en los elementos de una vida duradera. Y realmente la nacion sentada ya sobre sus bases para en adelante, pudo conducir gradualmente sus fuerzas hácia un centro de unidad, de resistencia y de accion, tanto en lo interior como en lo exterior, y afirmarse y robustecerse hasta el punto de luchar no sin gloria contra el Egipto y la Siria. Y ella vivió de una vida propia, á pesar de las mas duras pruebas, hasta el momento en que las águilas romanas le apretaron entre sus sangrientas garras, y la arrojaron desgarrada y á pedazos á todos los mercados de esclavos que poseia el imperio.



de vigor y la nacion quedaba fundada en los elementos de una vida duradera. Y realmente la nacion sentada ya sobre sus bases para en adelante, pudo conducir gradualmente sus fuerzas hácia un centro de unidad, de resistencia y de accion, tanto en lo interior como en lo exterior, y afirmarse y robustecerse hasta el punto de luchar no sin gloria contra el Egipto y la Siria. Y ella vivió de una vida propia, á pesar de las mas duras pruebas, hasta el momento en que las águilas romanas le apretaron entre sus sangrientas garras, y la arrojaron desgarrada y á pedazos á todos los mercados de esclavos que poseia el imperio.

